

La calle como lugar de reconocimiento juvenil a las expulsiones adultocéntricas*

*Klaudio Duarte Quapper***

*Sebastián Escobar González****

Resumen

El siguiente texto analiza las experiencias de reconocimiento que elaboran las y los jóvenes de sectores empobrecidos en Chile, a partir de los procesos de expulsión que experimentan desde instituciones adultocéntricas como la escuela y la familia. Ubicamos nuestra lectura en las resistencias juveniles,

* Una primera versión de este artículo fue publicado en inglés en: Duarte, K. y Escobar, S. "The street as a youth recognition place to adultcentric expulsion" En: Ricardo Campos y Jordi Nofre (Editors) "Exploring Ibero-American Youth Street Cultures in the 21st century. Creativity, Resistance and Transgression in the City". Palgrave Macmillan. Londres. 2021. Páginas 103-122.

** Sociólogo y educador popular, académico de la Universidad de Chile; Máster en Juventud y Sociedad por la Universidad de Girona; Doctor en Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona. Coordinador académico del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes, del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Correo electrónico: claudioduarte@uchile.cl

*** Doctorando en Educación y Sociedad de la Universidad de Lleida y Magíster en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Académico de la Facultad de Educación de la Universidad Finis Terrae e investigador del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes, Universidad de Chile. Correo de contacto: siescobar@uc.cl

Código de referato: SP.298.LVI/22

<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2022.56.02>



STUDIA POLITICÆ  Número 56 otoño 2022 pág. 13-XX

Recibido: 23/03/2022 | Aceptado: 22/04/2022

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

donde producen, mediante sus distintas agrupaciones, expresiones culturales de nuevo tipo que van ocupando los espacios públicos, en especial la calle. Construyen así experiencias transgresoras y creativas a través de acciones performativas, nuevos tipos de agrupación y formas de organización, diferentes modos de ocupación de los espacios, y relaciones críticas de género antipatriarcales. La metodología utilizada en las investigaciones de base de este texto fue de tipo cualitativa, y combina técnicas observacionales y conversacionales para la producción de información y el análisis de contenido como vía para su conceptualización.

Palabras clave: Juventudes – Reconocimiento – Adultocentrismo – Participación

Abstract

The following text analyzes the experience of recognition carried out by male and female youngsters from impoverished sectors in Chile, starting from the expulsion processes experienced by them from adultcentric institutions such as school and family. Our reading is set from youth resistances, based on their own groups, producing new cultural expressions, and using public spaces, particularly the streets. They build, thus, transgressive, and creative experiences, through performative actions, new types of groups and ways of organization, different ways of space occupation and critical, anti-patriarchal gender relations. A qualitative research methodology was used for this text-based research, combining both observational and conversational techniques for information production, and content analysis for its conceptualization.

Keywords: Youth – Recognition – Adultcentrism - Participation

Introducción. Estallido social en Chile

El 18 de octubre del 2019 se produjo un acontecimiento de importantes consecuencias en la historia de Chile. El pueblo se volcó a las calles en protesta contra la desigualdad y el abuso en el país, expresada específicamente en contra del gobierno del empresario derechista Sebastián Piñera y de un aumento tarifario del transporte subterráneo, y, desde una perspectiva global, como una crítica contra el modelo social, político y económico imperante. La masividad alcanzada por dicha protesta puso en evidencia la fragilidad de la idea de éxito neoliberal construida en los últimos 40 años durante y después de la dictadura militar de Pinochet, así como permitió que se explicitaran las fracturas sociales existentes en el país.

Lo que para el presidente Piñera era un “oasis de paz”, más bien quedó expuesto como un “espejismo social y económico” frente al que la mayoría de

la población ha expuesto su rabia, como consecuencia de un conjunto de abusos que le afectan en su cotidianidad y en sus proyecciones de vida. Los pilares de la transformación neoliberal impuesta por la dictadura y gestionada por siete gobiernos civiles en treinta años están demostrando ser incapaces de asegurar una calidad de vida digna a amplias capas de la población: sistema de pensiones, salud, educación, vivienda, empleo y recursos naturales –entre otros ámbitos– cuentan con importantes indicadores de precarización y han sido devastados a partir de su privatización y sometimiento a las lógicas del mercado que los conciben como objetos de consumo. La crítica a este modelo de sociedad se agudiza cuando quienes ejercen cargos de autoridad y quienes son propietarios de los medios de producción han sido denunciados por corrupción y abuso, situaciones que profundizan la amplia desigualdad existente (PNUD, 2017).

Así, nos interesó observar las luchas por el reconocimiento que elaboran las y los jóvenes de sectores empobrecidos en Chile a partir de los procesos de expulsión que experimentan desde instituciones adultocéntricas como la escuela y la familia. Nos posicionamos desde las resistencias juveniles colectivas, en las que se producen expresiones culturales de nuevo tipo que van ocupando los espacios públicos, en especial la calle. De esta manera, construyen experiencias transgresoras y creativas: acciones performativas, nuevos tipos de agrupación y formas de organización, diferentes modos de ocupación de los espacios y relaciones críticas de género antipatriarcales.

Para este estudio utilizamos metodologías cualitativas que combinan técnicas observacionales y conversacionales para la producción de información. La primera nos permitió un acercamiento íntimo a las dinámicas juveniles en sus colectivos y en sus cotidianidades. Esta técnica se complementa con la segunda –por medio de entrevistas y grupos focales– para la expresión discursiva de los sentidos que atribuyen a sus modos de organización y protesta y de las proyecciones que realizan.

El análisis de contenido fue la estrategia que usamos en la conceptualización de la información para la elaboración de los resultados que a continuación se presentan.

1. Estallido: demandas, resistencias y luchas por el reconocimiento

Dentro de las transformaciones demandadas está la de una participación sustantiva y genuina de la población en los asuntos que le importan. Se critica con agudeza la forma elitista que ha ido tomando la política chilena en los últimos treinta años, la cual ha llegado a emplear prácticas de exclusión de

la población y de baja vinculación electoral, casi como a comienzos del siglo XX, cuando el electorado era solo masculino y letrado. En consecuencia, los niveles de asistencia a las elecciones de autoridades locales y nacionales han sido cada vez más bajos. Tan es así que, en la elección de alcaldes del año 2017, solo votó el 34,83 % del padrón electoral (SERVEL, 2020). Esto llevó a que en el estallido se demandara mayor participación y fiscalización a la clase política por las situaciones de corrupción evidenciadas en los últimos años.

Uno de los cambios demandados apunta directamente a la participación ciudadana, el cual puede verificarse con el proceso de elaboración de una nueva constitución para el país, considerando que la actual fue impuesta por la dictadura militar-empresarial de Augusto Pinochet y ha servido de marco contenedor del orden neoliberal que provoca la desigualdad y del modo elitista y excluyente de hacer política. Resulta relevante que la propuesta que concitó mayor apoyo ciudadano en las encuestas fue la que propuso que sea una convención constitucional la que elaborara una nueva carta magna, con alta participación de personas de la sociedad civil y con mínima o nula presencia de representantes de partidos políticos tradicionales (Atria et al., 2020). De esta forma, lo que vemos expresarse en estas dinámicas es la demanda por el reconocimiento de nuevas formas de hacer política que excedan lo meramente electoral y valoren los aportes que distintas personas realizan desde sus específicos campos de acción. En ese sentido, no es solo una cuestión de cantidad de participantes lo que se discute, sino también las formas y sentidos que dicha activación tiene.

Un cruce perverso que se produce entre el orden neoliberal señalado y esta restricción de la participación ciudadana se observa en las dinámicas de individualismo y egoísmo social ampliamente instaladas en la cultura chilena de las últimas cuatro décadas. Ya hacia fines de los noventa, se cuestionaban los miedos sociales con que la población se acomodaba en este orden: miedo al sí mismo, miedo a la exclusión y miedo al otro (Lechner, 1998). Este último se fue configurando en la población desde la dictadura, pero también a partir de la doctrina de seguridad ciudadana promovida por los gobiernos civiles posdictadura (Ramos y Guzmán, 2000), que produjo la desarticulación de la organización de base, la estigmatización contra quienes criticaban a los gobiernos de turno y el fuerte retraimiento de las y los actores sociales hacia sus esferas íntimas, despreocupándose de la acción colectiva y de las acciones de gobierno de sus cotidianidades.

Por ello, la cuestión de lo participativo se vuelve uno de los ejes más relevantes al observar la coyuntura actual de nuestro país, en especial, lo que refiere a la participación de las y los jóvenes, quienes en este contexto venían siendo

signados desde el discurso dominante como apáticos –por no asistir a votar y mostrar baja vinculación a partidos políticos– o como rebeldes/peligrosos, por utilizar formas no tradicionales de activación política por fuera de la institucionalidad. Así, uno de los asuntos que tratamos en este texto es, precisamente, cómo estas nuevas formas de acción política juvenil se constituyen en expresiones de búsqueda de aportes para la construcción de soluciones a los problemas sociales que experimentan.

Otro de los asuntos que se han instalado en la conversación social en Chile y en la región latinoamericana durante los últimos dos años hace referencia a las demandas que las mujeres vienen planteando a través de diversas expresiones del movimiento feminista. Desde mayo del 2018, se configuraron movilizaciones que cuestionaron en profundidad el orden patriarcal y capitalista de nuestra sociedad y pusieron en debate las violencias estructurales, institucionales y situacionales que durante siglos han experimentado las mujeres y las diversidades sexuales. Estas movilizaciones han sido lideradas principalmente por mujeres jóvenes, lo que produjo un cambio generacional relevante en torno a los modos y sentidos que adquieren hoy las luchas feministas (Zerán, 2018).

En el marco del estallido social de octubre del 2019, una de sus expresiones es la protagónica activación de mujeres jóvenes que lideraron las acciones de evasión y de ocupación de los espacios públicos, así como algunas de las experiencias de asambleas y cabildos que se han gestado para buscar la participación ciudadana ya señalada. De igual manera, los contenidos de sus demandas están siendo incluidos en las exigencias nacionales, así como la discusión por la paridad de género y la participación de las mujeres en el proceso constituyente señalado y en la sociedad chilena.

Se suma a lo anterior la revisibilización de las demandas contra las violencias sexuales patriarcales, que postulan que los cambios en la sociedad chilena desbordan lo institucional y se instalan en un plano cultural y estructural. Es así como podemos señalar que, en la base del estallido social de octubre 2019, están presentes los ecos de lo que fue la movilización feminista de mayo del 2018 (Duarte como se citó en Miranda, 2019; Fries, 2020).

Estos tres ejes de análisis –orden neoliberal en crisis, participación negada-restringida y violencias sexuales patriarcales– hacen parte de lo que Honneth (1997; 2011) denomina “mecanismos del menosprecio” en sus expresiones de exclusión del acceso a derechos, la injuria discriminatoria y la violencia del maltrato que producen indignidad, que para el autor son contracaras del “reconocimiento”. Este último “se consolida en relaciones de *confianza* (como sujeto de amor y amistad), *respeto* (como sujeto de dere-

chos) y la *estima de sí* (como sujeto de la comunidad)” (Paulín et al., 2018, p. 23-24¹). La hipótesis de nuestro texto es que las acciones juveniles desatadas antes y durante el estallido social chileno de octubre de 2019 se sostienen en la transgresión y la creatividad como expresiones de resistencias en la búsqueda del reconocimiento, en el despliegue de relaciones generacionales conflictivas en esferas institucionales como escuelas y familias. La calle se configura, en este marco, como el lugar social alternativo para la materialización de dichas resistencias.

En este contexto, cobran relevancia conceptos como resistencia, transgresión y creatividad. El primero de estos propone un telón de fondo que permite comprender la creatividad de los distintos grupos juveniles para transgredir aquello que de manera cultural y simbólica se ha delimitado como lo natural o permitido. En este sentido, la resistencia emerge como un proceso de constante creación y transformación, propio de un contexto en donde las relaciones de poder se conjugan de manera dinámica. Es por eso que Foucault (2002b) declaraba que donde existe poder también hay resistencia. Dar énfasis a este concepto permite establecer relaciones de análisis entre actores e instituciones, ya que se desarrollan, en las agrupaciones juveniles, un pensamiento crítico y acciones colectivas que cuestionan el poder y, en el caso chileno, la participación política-social y el orden patriarcal y neoliberal del funcionamiento social (Giroux, 1986).

Las resistencias que las y los jóvenes han ido construyendo durante largos períodos de tiempo evidencian la posibilidad de tensionar y fragmentar el poder disciplinario que instituciones como la familia y la escuela despliegan para controlar y clasificar a las y los sujetos. Es por ello que también la creatividad ha sido parte fundamental de los movimientos sociales cuyo objetivo es subvertir el poder de ciertos actores e instituciones. Específicamente, concebimos la creatividad como expresión de la novedad, que intenta alejarse de los patrones normativos impuestos como tradiciones naturalizadas y que no pueden ser modificados.

Lo anterior facilita la emergencia de la transgresión como proceso propio de los grupos juveniles que han activado la coyuntura en Chile desde el pasado octubre. Si vamos a la raíz etimológica del concepto, encontraremos que hace referencia al “ir más allá”, lo que coincide con lo propuesto por Foucault (1999) al exponer que consiste, justamente, en poner en evidencia los límites, en mostrarlos de manera explícita y darle importancia al momento preciso en que estos se tensionan (Duarte, 2012). Es el contexto actual el que

¹ *Cursivas* en el original.

ha permitido visibilizar las acciones transgresoras de los y las jóvenes, quienes han tensionado el orden de estructuras como la familia y la escuela, generando prácticas y discursos políticos al margen del orden tradicional, buscando nuevas formas de integración que evidencian a su vez un momento claro de ruptura en el orden social, donde lo valioso comienza a ser la búsqueda de un poder social de ciudadanos comunes (Molina y Cifuentes, 2000).

La resistencia y la transgresión han generado una apertura para que las y los jóvenes se hagan de la palabra y enfrenten los procesos de expulsión que instituciones como la escuela y la familia han llevado a cabo de manera histórica bajo lógicas adultocéntricas y patriarcales. Esta apertura ha significado que las distintas agrupaciones y colectivos de jóvenes pongan en conflicto las exclusiones y estigmatizaciones que han sufrido, e incorporen en la agenda pública la validez de sus discursos y prácticas y, sobre todo, la lucha por su reconocimiento, cuestión que permite fortalecer su identidad individual y colectiva, dando paso a distintos mecanismos creativos de participación y organización social que hablan de una forma de sobrevivencia al mundo hostil en el que han crecido (Castillo, 2002; Duarte 2006).

Esto se ha visibilizado particularmente en la calle, en distintas jornadas de protesta, marcadas por la transgresión y la creatividad que los sujetos juveniles han instalado en diversos espacios públicos. La calle se ha ido constituyendo para las y los jóvenes de sectores empobrecidos en un espacio vital para socializarse, autoformarse y conformar colectividad en pos de darse un lugar en la sociedad (Chaves, 2010). Por ello, como mostraremos más adelante, las y los jóvenes, en resistencia a las expulsiones institucionales de la familia y la escuela, ocupan la calle como lugar prioritario para construir culturas juveniles transgresoras a los órdenes neoliberales, adultocéntricos y patriarcales.

En lo que sigue, evidenciaremos formas concretas de estos procesos de expulsión institucional que padecen las y los jóvenes y, más adelante, analizaremos algunas experiencias juveniles de resistencias que se despliegan como luchas por el reconocimiento en el espacio de la calle.

2. Procesos de expulsión desde instituciones adultocéntricas: la escuela y la familia

En el contexto del capitalismo neoliberal señalado, se conjugan diversos procesos sociales como consecuencia de su reproducción estructural e institucional. Uno de esos procesos, observado desde las realidades juveniles

en sectores empobrecidos, se vincula con la tensión que acontece como resultado de las fuertes incoherencias entre las promesas sociales circulantes y las precarias condiciones que las y los jóvenes experimentan para concretar dichas ofertas (PNUD, 2017). Esta falta de coherencia se constituye en un dolor social para las personas jóvenes, que lo sufren como una expulsión institucional.

Dicha expulsión corresponde conceptualmente a una fuerza centrípeta que se desarrolla a través de procesos que debilitan, para estos jóvenes, las capacidades de constituirse en sujetos/as. En este texto, hacemos foco analítico en dos instituciones de reproducción social, en tanto en ellas se configuran, en el momento juvenil del ciclo de vida, intensos procesos socializadores que inciden de forma potente en sus experiencias. Por una parte, a través de la incapacidad de la escuela y la familia de contener a estudiantes e hijos/as para acompañarlos solidariamente en sus procesos; por el contrario, les imponen una fuerte carga de normas y “tareas para el desarrollo” que imposibilitan un diálogo adecuado y fructífero. Por otra parte, se les niegan las condiciones y posibilidades de hacerse parte y de tomar parte de los procesos que les involucran, lo que enfatiza relaciones de orden más bien autoritario que no les permite participar y crecer en autonomía. De esta forma, dicha expulsión social de carácter institucional reproduce los procesos de no reconocimiento y neutraliza las posibilidades de ejercicio de poder en las personas jóvenes, y las expulsa de su historia presente para ubicarlas en un futuro inexistente –la escuela y su discurso vocacional/profesional para mañana–, o para situarlas como dependientes –la familia y su chantaje que mezcla nutrición y afectos–.

Las instituciones escolares se han desplegado desde prácticas hegemónicas que quedan en evidencia cuando el Estado prescribe y legitima ciertas categorías de pensamiento que se aplican en el cotidiano de la vida de las y los sujetos por medio de, por ejemplo, los planes, programas y distintos documentos curriculares que se mandatan (Beltrán, 2000). La escuela ha sido analizada como un lugar en donde existen diversos conflictos y contradicciones, y en el cual se reproducen relaciones sociales de dominio que develan un nivel macro de la estructura social, junto con la reproducción de relaciones patriarcales y adultocéntricas (Garnham, 2016). En complemento y en un nivel de análisis micro del contexto educativo, hay miradas críticas desde la noción de autoridad o poder que permiten también visibilizar esta problemática de expulsión. Neut (2019) muestra, a partir de sus discursos, cómo los estudiantes secundarios perciben el ejercicio de la autoridad pedagógica, que describen como excesivamente asimétrico. Así, concebimos a las comunida-

des educativas como instituciones con valores que no han sido modificados para contener y desarrollar las distintas posibilidades que el mundo globalizado y neoliberal ha ofrecido a los y las jóvenes.

En este contexto, se producen diversas tensiones entre las culturas juveniles y la cultura escolar (Urresti, 1999; Tenti, 2000), como expresión de una crisis de sentido para la escuela, con grandes distancias entre lo que la cultura escolar dictamina y espera, y aquello que los y las jóvenes construyen fuera del espacio escolar con sus semejantes o en relación con personas adultas. Al producirse esta fisura, no está la posibilidad de generar espacios de participación fructíferos en función de las propias experiencias juveniles que los y las estudiantes poseen (Núñez y Lítichever, 2016). Dicha fisura es la que percibimos como productora de la expulsión de las y los jóvenes en su cotidianidad educativa, en tanto se les niegan las condiciones para asumirse como actores relevantes en su proceso educativo y, más bien, se les minimiza a construirse como receptores pasivos de dicho proceso.

En las familias, en tanto, se establecen relaciones de dependencia de diverso tipo. Su estructura de roles impone unas asimetrías en las que las personas adultas, en tanto mayores, cuentan con la aceptación social para decidir e imponer decisiones a las personas consideradas menores. Por una parte, porque proveen y protegen, lo que les habilita para establecer relaciones de chantaje afectivo al cual niños, niñas y jóvenes –y también adultos/as mayores– deben subordinarse; y, por otra parte, porque se naturaliza que este orden es la base de la sociedad, y que, además, se trata de un orden inmodificable (Duarte, 2018).

Proveer y proteger, dos tareas asignadas al grupo familiar en el capitalismo, han sido significadas como el deber mínimo que padres y madres tienen que cumplir, aunque ese mismo sistema capitalista niegue o dificulte las condiciones para ello, en especial a los sectores más precarizados de nuestras sociedades (Jelin, 2010). Proveer y proteger, que etimológicamente se corresponde con la idea del *pater* –padre–: que nutre y cuida (Meillasoux, 1982), no parecen cuestionables en sí mismas como acciones de cuidado hacia otras personas. Sin embargo, en un contexto adultocéntrico, dichas acciones son concebidas como la base que fundamenta la dependencia de las personas menores en edad o minorizadas socialmente –por ejemplo, las personas adultas mayores–.

Esta dependencia se expresa, principalmente, en que las personas mayores pueden decidir y controlar las vidas –las aspiraciones– de quienes son sus

hijas, hijos u otros roles minorizados, a partir de imponerles sus expectativas de lo que *deben ser* en la vida. Esta dependencia cuenta con alta legitimidad al interior de la familia, y es construida y consolidada también con discursos desde fuera de ella: de la institución escolar, de las políticas públicas, de la legislación, de los medios de comunicación, de las religiones, entre otras. Para llevarla adelante, se construyen un conjunto de discursos que se colman de “deber ser” y valoraciones morales para sostener este orden impuesto.

Un asunto que reportan investigaciones con jóvenes es el fenómeno que acompaña la pubertad y la búsqueda de referencias en semejantes fuera del espacio familiar, y ya no tanto en personas de la familia de origen, lo que constituye un proceso de conflicto y tensión. Esto es provocado por la fuerte inconsistencia que perciben entre este discurso del deber ser social y su moralidad fundadora, y lo que la experiencia concreta va evidenciando en las personas adultas que no cumplen esos preceptos que ellas mismas pregonan (Chaves, 2010; Villarroel, 2019). Esta inconsistencia entre el decir y el hacer, que se visualiza en padres, madres, docentes, autoridades políticas, entre otras personas adultas, hace que el espacio de la calle y la amistad sea mucho más atractivo que el espacio doméstico de la propia familia. De esta forma, concebimos dicha inconsistencia como parte de la fuerza centrípeta que expulsa jóvenes a la calle.

Junto a lo anterior, en los sectores empobrecidos, esta expulsión se refuerza con un condicionante de orden estructural. Los espacios domésticos no permiten a las y los jóvenes contar con unos mínimos de habitabilidad para desplegar sus deseos de forma óptima: descanso, escuchar música, intimidad sexual, recibir amistades, entre otros. Por ello, salir a la calle termina siendo la forma que utilizan para resolver esta carencia de habitabilidad digna (Duarte, 2000). Esto lo observamos en especial en los varones, que en sectores empobrecidos aún cuentan con el privilegio masculino de ausentarse de lo doméstico, a diferencia de las mujeres, que siguen en gran medida recluidas en ese ámbito.

Esta salida a la calle la concebimos como otra consecuencia de la expulsión social que experimentan las y los jóvenes. Por ello, el argumento del instinto gregario para explicar la grupalidad juvenil y las culturas juveniles en la calle nos parece que naturaliza una práctica social que está más bien condicionada por las búsquedas de semejanzas con otros y otras –amistad, apoyo, deseos comunes, búsquedas colectivas, etc.– y el alejamiento de un espacio familiar doméstico que empieza a estorbar: no poseen espacios en sus casas y no existen condiciones ambientales-afectivas para permanecer en ellas, por lo que la calle es su principal espacio de socialización (Duarte, 2000; Reguillo, 2003).

Las distintas expresiones en la calle, como respuesta al menosprecio que evidencian los mecanismos de expulsión antes analizados, lo concebimos como prácticas de reconocimiento que las y los jóvenes producen por la vía de la trasgresión y la creatividad. Ambas, como antes dijimos, condensan las resistencias juveniles al contexto neoliberal, adultocéntrico y patriarcal. Sobre lo que ocurre en la calle profundizaremos a continuación.

3. Transgresión y creatividad juvenil en la calle

Tal como ya adelantamos, concebimos la transgresión como ir más allá de los límites y normas que intentan imponer ciertos órdenes sociales, asumiendo la creatividad como las expresividades que permiten ese desplazamiento de límites, instalando la novedad como fórmula de acción que, además, puede ser considerada como un aporte propiamente generacional que resiste a la expulsión social en la escuela y en la familia, en el marco de las luchas juveniles por el reconocimiento. A efectos de este texto y a partir de lo observado en el contexto de movilización chileno, hemos categorizado cuatro transgresiones: la que se produce en la participación política por la vía de la performatividad, la referida a nuevas formas de agrupación, la que surge desde la ocupación de espacios públicos y las que consideran los cuestionamientos al orden patriarcal y adultocéntrico.

a. Participación política vía performatividad

Una primera trasgresión que convoca a jóvenes a reunirse y a ocupar la calle ha sido la *performance*, como una emergencia contingente y de acontecer corporizado en un contexto histórico-cultural y con un posicionamiento en el espacio público (Figueroa-Grenett, 2018). Este incorporar lo significamos analíticamente como “pasar por el cuerpo”, “poner el cuerpo en la lucha”, lo cual lleva a que lo performático posea un necesario cuestionamiento a la normatividad patriarcal y adultocéntrica, entendido como:

La repetida puesta en acto de normas sociales en –y a través de– la vida del cuerpo, haciendo hincapié en las normas genéricas que producen a los sujetos que pueden, bajo ciertas condiciones, encontrar maneras de resistir o resignificar esas normas. (Sabsay, 2011, p. 13)

Esta performatividad se constituye así en una toma de posición, de vinculación con el acontecer de su sociedad, que se radicaliza buscando disputar los sentidos vinculados al dominio.

Se trata de un tipo de participación político-social que hace que el cuerpo se considere como un insumo principal al momento de expresar algún tipo de sentimiento cuestionador del orden. Un ejemplo del estallido social ocurrido en Chile desde octubre 2019, como una crítica radical al orden patriarcal, es lo contenido en la creación del Colectivo Lastesis² y su *performance* “Un violador en tu camino”. En ella, el cuerpo pasa a ser un lugar y medio para expresar subjetividades, visibilizando demandas, tensiones y dinámicas que las mujeres jóvenes sufren en el cotidiano de las dinámicas de género (Figueroa-Grenett, 2018). Esto se repite en el caso de jóvenes raperos, disidencias sexuales, punks u otras grupalidades juveniles que utilizan la *performance*, la ocupación de la calle y el espacio público para manifestar, con otros modos creativos, su descontento. Otro ejemplo, de carácter mixto en términos de género, es el aporte del Colectivo Salvaje Capucha³ y la banda Arauco Rock⁴, que han sintetizado sus aportes originales para construir una *performance* crítica a la desigualdad en el país y contra la represión policial.

Aquí emerge una tensión, dado que, desde la perspectiva adultocéntrica, los cuerpos de jóvenes, niñas y niños han de ser controlados por las personas adultas, ya sea en el contexto familiar, educacional o comunitario (Duarte, 2018). La escuela ha sido cuestionada en su despliegue de control, que supone el manejo no solo de mentes y voluntades, sino también de sus respectivos cuerpos (Foucault, 2002a). Esto se complementa con la obsesión del mundo adulto con el hecho de que las y los jóvenes tengan un proyecto de vida que se traslade también a que tengan un proyecto corporal homogéneo, donde existen ciertos límites que no deben ser transgredidos (Unás y Cortez, 2019).

Así, las *performances* juveniles ponen en juego la disputa por el aparecer corporal, por “cómo quiero ser visto” y por “cómo quiero que me consideren” las demás personas. Se ponen los cuerpos en estas *performances*: torsos desnudos de mujeres que desafían la norma patriarcal, travestismo que explicitan la no aceptación de los límites binarios de las identidades sexuales, rostros vendados para reiterar el repudio a la violación como acción cotidiana abierta y sutil en contextos machistas y adultistas. Y esta expresividad se

² Colectivo interdisciplinario de mujeres que emerge en Valparaíso, Chile, y que tiene como objetivo llevar a cabo actos performáticos en los que ponen en juego distintos elementos de la teoría feminista. <https://www.instagram.com/lastesis/?hl=es-la>

³ Capucha: elemento de tela que se usa para cubrir el rostro en las protestas.

⁴ Ver <https://www.eldesconcierto.cl/babel/entrevistas/salvaje-capucha-nuestra-performance-es-como-una-catarsis-de-descarga-colectiva-con-la-gente-saltando-gritando-y-pifeando-a-los-pacos/>

lleva a la calle, se saca de lo íntimo para mostrar y romper el silencio y el encubrimiento, para incomodar el orden impuesto. Mayormente son mujeres quienes han abierto estas expresividades, porque han sido ellas quienes más han sufrido el desprecio que se ha instalado en sus cuerpos.

b. Formas de organización en grupalidades juveniles

Esta transgresión ha quedado de manifiesto en investigaciones en que jóvenes estudiantes problematizan y tensionan las maneras en las que se distribuye el poder y se establecen relaciones de asimetría o simetría con sus semejantes al interior de sus colectivos y demás formas de agrupación (Hernández, 2019; Escobar, 2019).

Resulta interesante que, en las experiencias juveniles de organización y participación, el ejercicio de poder sea clave para cambiar su concepción de *statu quo* que se refleja en la autoridad y que tiene como finalidad mantener un orden social asimétrico (Arias y Soto, 2017). En este sentido, la expulsión de los jóvenes desde los espacios de poder tradicional como la escuela y la familia los lleva a crear formas de socialización entre semejantes, en las que el ejercicio de poder tiende a distribuirse de manera horizontal y con un vínculo evidentemente comunitario (Westendarp, 2016), lo que deja en evidencia así la fisura con las formas de decidir y los liderazgos.

Mira, lo que pasa es que no hay jerarquía, lo que pasa que todas las decisiones las tomamos en conjunto. (Joven estudiante varón, colectivo educación no sexista)

Siempre hay una toma de decisiones, cachái, si hablamos de líderes un día este hueón, otro día este otro hueón, y otro día yo, siempre es distinto. (Joven estudiante secundario varón, colectivo rapero)

De esta forma, se intenta construir formas alternativas de ejercicio de poder en una orgánica que tiende a la horizontalidad por la vía de las asambleas, de los liderazgos rotativos y colectivizados, por las vocerías más que las dirigencias.

En nuestro análisis, lo concebimos como apuestas juveniles epocales que les permiten distinguirse de ciertas experiencias pretéritas y abrir nuevas formas creativas de agrupación y acción política. Estas experiencias se distancian y tensionan con sus experiencias previas y actuales en sus familias y escuelas, toda vez que en ambas instituciones la verticalidad y restricción de poder para participar y decidir es característica naturalizada. De igual manera, lo

concebimos como una tendencia, como un aprendizaje que requiere todavía más experiencia y más reflexión autoproducida desde las y los jóvenes para valorar lo realizado y otorgarle contenidos que transgreden las formas adultocéntricas y patriarcales de imponer ideas y procesos y de no considerarlos actores en tiempo presente. En esta tendencia, un aporte que se está desplegando desde las dinámicas juveniles refiere a retomar antiguas prácticas políticas y llenarlas de creatividad actualizándolas por medio de una impronta generacional. Ejemplo de ello son “las vocerías”, como forma de reelaborar la idea vertical y unipersonal del liderazgo, las cuales abren la posibilidad de que emerjan los liderazgos como acción colectiva y la voz del grupo como responsabilidad compartida. En la calle, la palabra circula y se valora a contracorriente del verticalismo escolar y familiar, y la red se teje hacia la horizontalidad. Insistimos que esta apreciación es a una tendencia en la que restan más esfuerzos autoreflexivos por parte de las y los jóvenes que les permitan seguir ganando legitimidad en su accionar.

c. Ocupación de espacios públicos

En esta transgresión, pareciera ser que el poder del dominio adulto se confronta, para dar paso a la propia organización que las y los jóvenes realizan. En este sentido, observamos que el hecho de reunirse en cierto espacio público con semejantes brinda una sensación de empoderamiento (Pérez, 2018). Esto no resulta azaroso si además tenemos en cuenta que la disputa por el cuerpo y el acto performático antes mencionado se lleva a cabo en instancias donde los y las jóvenes irrumpen en espacios públicos tensionando los límites institucionales que imponen la escuela y lo doméstico familiar. En la primera, como ya señalamos, se predefinen por fuera de los intereses propiamente juveniles los mecanismos de disciplinamiento que se instalan en sus cuerpos; y en lo doméstico familiar, tanto en las dinámicas relacionales como en las condiciones de habitabilidad se reducen las condiciones de despliegue de las y los jóvenes. Por ello, su principal espacio público es la *calle*, en tanto en ella pueden desplegarse sin las ataduras y restricciones mencionadas.

Así, la calle se transforma en un lugar donde se ejercen relaciones de poder, situaciones de conflicto, confluencia y comunicación, entre otras, en “un campo en donde la experiencia humana es la esencia de la constitución de lo público” (Guzmán et al., 2017, p. 74). Las y los jóvenes se apropian de distintos espacios públicos para aparecer como cuerpos politizados y con capacidad de socialización, organización y poder.

Nosotros nos organizamos por WhatsApp para juntarnos en la plaza o en el GAM⁵, ahí tenemos nuestras reuniones y organizamos las actividades o *performances* que queremos hacer. (Joven estudiante mujer, colectivo de educación no sexista)

En cualquier lado [nos juntamos], una plaza, en el forestal⁶ o una cancha pa rapear y que nadie nos moleste. (Joven estudiante varón, colectivo rapeo)

Lo anterior cobra absoluta relevancia, dado que permite establecer ciertas relaciones, por ejemplo, entre el cuerpo como dispositivo y la ocupación del propio espacio público. Esto, se operacionaliza al tener en cuenta que aquellos cuerpos politizados se congregan en la calle, como por ejemplo puede ser una plaza. Es allí donde la calle y el cuerpo emergen como el medio para reclamar por condiciones económicas, sociales o políticas que constituyen el horizonte de una vida más digna. Con esto, la calle se convierte en un facilitador de la transgresión y permite establecer formas de solidaridad social que se expresan con alegría o tristeza (Butler, 2017).

En un contexto patriarcal, la calle es el lugar primordial para la demostración de las masculinidades, es el sitio de la conquista, de la imposición de la fuerza. En uno de transgresión, las actuales expresividades juveniles tienden a reconstruir ese espacio dotándolo de una apertura que posibilite a todas y todos hacerse parte en ella y apropiársela para el despliegue de sus manifestaciones. Esta apertura es conflictiva, porque los privilegios de las masculinidades dominantes no ceden necesariamente su poder y lo que consideran su lugar “natural”. Por ello, la ocupación del espacio público es, en los mundos juveniles y en el contexto del estallido social chileno, una disputa también intrageneracional en que las mujeres fuerzan el corrimiento de los límites del sexismo.

Lo que observamos en las dinámicas juveniles es que se establece una continuidad entre lo doméstico familiar y escolar –lo institucional– con lo público de la calle –lo parainstitucional–, que convergen en acciones de transformación antipatriarcal y antiadultocéntricas.

⁵ Centro Cultural Gabriela Mistral es un lugar donde se llevan a cabo distintas actividades artísticas, posee bibliotecas y es un espacio de libre tránsito que usualmente ha sido utilizado por jóvenes para reunirse y realizar actividades.

⁶ Parque central de la capital.

d. Tensionar las discriminaciones de género y el adultocéntricas

Una cuarta transgresión, que se sigue de lo anterior, tiene que ver con el énfasis que han puesto jóvenes estudiantes en las últimas movilizaciones (2018-2019), ya sean de enseñanza media o de educación superior, al polemizar contra los órdenes de género y de generación en sus planteamientos (Escobar, 2018).

El ambiente político y cultural que produjeron las movilizaciones feministas juveniles en el año 2018 en Chile abrió profundos cuestionamientos a las violencias de género invisibilizadas y naturalizadas durante siglos en nuestra historia. A partir de ahí, este contenido ha estado presente de forma recurrente y hace que las luchas juveniles adquieran una impronta epocal muy relevante, ya que están insistiendo en la urgencia de incorporar las demandas feministas, de las diversidades sexuales, de varones antipatriarcales y otras expresiones en sus luchas.

Es que ya no aceptamos que se promuevan luchas sin la consigna feminista. El cambio será feminista o no será. (Mujer, Colectivo Feminista)

Si los varones aprendemos de estas movidas de las mujeres, eso nos ayudará a enfrentar nuestro machismo, sexismo y ser mejores personas. (Varón, colectivo de hombres antipatriarcales)

De esta forma, las críticas al patriarcado y a sus violencias machistas, sexista, sexofóbicas y a la heteronorma se constituyeron, en parte, desde los planteos de los grupos juveniles en las movilizaciones recientes. No sin polémicas, porque, como ya planteamos, los mecanismos que los jóvenes varones tienen incorporados y que están normalizados en el interior de sus agrupaciones son difíciles de enfrentar. En ese sentido, se han observado obstáculos autoproducidos en las experiencias juveniles, que buscan mantener privilegios masculinos y sostener como imposible de modificar los patrones de discriminación patriarcal.

Sin embargo, las generaciones jóvenes, en especial las mujeres jóvenes, han insistido con frutos. Durante el estallido del 2019, aproximadamente en la cuarta semana de movilizaciones, el Colectivo Lastesis, que ya hemos mencionado, a través de su *performance* “Un violador en tu camino”, tensionó el debate nacional para que se incluyeran con fuerza los contenidos de género y demandas feministas en la lucha antineoliberal. Esta propuesta, que leemos como trasgresión al copamiento machista patriarcal que tenía hasta ese momento la movilización, lo observamos como una muestra de la lucha por la

modificación de lo discriminatorio que la misma activación social reproduce. Esa transgresión dio muestra de creatividad a través del canto y la expresión corporal masiva, para transmitir un discurso político crítico de profundidad.

De forma complementaria, a diferencia de las anteriores, las actuales generaciones dan cuenta de la existencia de la matriz adultocéntrica, que identifican como un mecanismo de dominio donde son construidos como minoridad y, por ende, con menos posibilidades de ejercer poder (Duarte, 2015). Con esto, las y los jóvenes, en sus espacios de acción política con sus semejantes, han comenzado a socializar y articular asertivamente ideas en las que reflexionan sobre las formas de dominación que el mundo adulto –con instituciones como la familia y la escuela– ejercen hacia ellos y ellas, de manera ilegítima y naturalizada.

Otra cosa que yo he notado es que los adultos están superdesinformados en el sentido de que lo mismo del adultocentrismo, piensan que se las saben todas y no te dejan opinar y te dicen “no pos si tú eres chico, no me vas a venir a enseñar”... Es denigrante, como que te invalidan, te censuran y se desinforman porque están como cerrados en su mundo, como son individualistas su preocupación es la pega, la casa, la plata. (Joven estudiante mujer)

Nosotros, como colectivo, estamos por abortar el adultocentrismo, que es una manera de discriminar a otros solo por ser más chicos o tener menos edad. (Joven estudiante mujer)

Así, la expulsión de las y los jóvenes desde instituciones adultocéntricas como la escuela o la familia les ha llevado a movilizarse hacia la calle para encontrarse con semejantes y elaborar sus propios procesos de socialización, los cuales están permeados por procesos de politización y donde, además, queda en evidencia la organización que deviene en una lucha por el reconocimiento (Paulín et al., 2018) en que logran cruzar propuestas antipatriarcales con propuestas antiadultocéntricas.


Reflexiones finales

En este texto, hemos analizado experiencias juveniles de expulsión adultocéntrica en instituciones como la escuela y la familia, considerando sus acciones de resistencia, creatividad y transgresión. Esta capacidad de agencia de las y los jóvenes se ha volcado a la calle de una manera consistente, a través de jornadas de protesta y activaciones de corte performático, develándola

como un lugar no institucional, propio de las formas de hacer política desde las juventudes. Esto cobra relevancia, dado que la calle es posicionada y reconfigurada como un espacio de resistencia a la rigidez y discriminación/normalización que la escuela y la familia proyectan e imponen, permitiendo que estas acciones que impactan a jóvenes salgan de la esfera privada/doméstica y se tomen la esfera pública mediante distintas demandas y conflictos. Con esto, aquella idea enquistada culturalmente que posiciona a la calle como un lugar negativo, de causas y personas perdidas, tiende a quebrarse para volverse un lugar de posibilidades para una vida más digna y justa.

Además, la resistencia a la expulsión adultocéntrica institucional contra las y los jóvenes ha permitido develar también mecanismos transgresores y creativos, los cuales se han transformado en modos de buscar reconocimiento, por medio del respeto, aceptación, autoestima y compañerismo. Esto último no resulta azaroso si tenemos en cuenta que estos elementos son fundamentales para hacer frente y resistir a las formas de exclusión que llevan a cabo tanto la familia como la escuela.

Así, lo que emerge es una búsqueda por el reconocimiento que transita entre el plano institucional y estructural. Respecto de lo primero, lo que se despliega es el rompimiento de la rigidez adultocéntrica y patriarcal, tanto de la familia como de la escuela, promoviendo espacios como la calle para ese autoreconocimiento. En lo que respecta al plano estructural, lo que hemos observado es que las experiencias y discursos juveniles nos permiten ver el desafío de transformar los modos en que se desarrolla la sociedad chilena actual, cuestionando formas y espacios en los que esta opera. Ante las preguntas críticas que se levantan producto del estallido social de octubre 2019, emerge el reto de considerar, en la configuración de procesos de cambio, los aportes que estas activaciones juveniles están haciendo, de manera que ellas pasen de ser formas de resistencia a guías culturales para nuevas formas de sociabilidad.

Finalmente, creemos importante que la investigación sobre experiencias adultocéntricas, patriarcales o de otros modos de exclusión y violencia deben permitir repensar y reelaborar las miradas que se tienen sobre las relaciones sociales en espacios parainstitucionales como la calle, aprovechando las novedosas configuraciones generacionales para formar nuevas relaciones sociales que permitan el reconocimiento por parte de distintos actores, donde la violencia simbólica y el verticalismo puedan superarse por nuevas formas de organización, comunicación y relación. 

Referencias bibliográficas

- ARIAS CARDONA, A. M. Y SOTO VÉLEZ, J. A. (2017). Sentidos y prácticas del poder: aproximación a las vivencias de jóvenes universitarios. *Hallazgos*, 14(28), 123-143. <https://dx.doi.org/10.15332/s1794-3841.2017.0028.06>
- ATRIA, F., SALGADO, C. Y WILENMANN, J. (2020). *El proceso constituyente en 138 preguntas y respuestas*. LOM Ediciones.
- BELTRÁN, F. (2000). *Hacer pública la escuela*. LOM Ediciones.
- BOURDIEU, P. Y PASSERON, J. (2003). *Los Herederos. Los estudiantes y la cultura*. Siglo XXI.
- BUTLER, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Editorial Paidós.
- CASTILLO, H. (2002). De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social. *Desacatos*, (9), 57-71.
- CHAVES, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Espacio Editorial.
- DUARTE, C. (2000). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Revista Última Década*, 8 (13), 59-77.
- DUARTE, C. (2006). *Discursos de resistencias juveniles en sociedades adultocéntricas*. Universidad de Chile. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122312>
- DUARTE, C. (2015). *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil* [Tesis doctoral]. Universitat Autònoma de Barcelona.
- DUARTE, C. (2018). Genealogía del adultocentrismo. La constitución de un patriarcado adultocéntrico. En C. Duarte y C. Álvarez (Eds.), *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes de investigan* (Vol. 2, pp. 17-47). Social-Ediciones, Universidad de Chile.
- DUARTE, L. (2012). La resistencia en Foucault. Algunas relaciones en torno al 15-M. *Filosofía UIS*, 11(2), 97-22.
- ESCOBAR, S. (2018). *Participación juvenil en estudiantes secundarios: rupturas y continuidades entre las experiencias en el liceo y los distintos espacios de activismo y militancia* [Tesis de magíster]. Universidad de Chile.
- ESCOBAR, S. (2019). Jóvenes secundarios: una mirada actualizada de las dinámicas sociales que constituyen a las organizaciones juveniles. En K. Duarte, N. Hernández & Y. Palenzuela, *Juventudes en Chile: Miradas de jóvenes que investigan II* (pp. 93-116). Social-Ediciones.
- FIGUEROA-GRENETT, C. (2018). La acción política de niños, niñas y jóvenes en Chile: cuerpos, performatividad y producción de subjetividad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 16(1), 199-212. <https://doi:10.11600/1692715x.16111>
- FOUCAULT, M. (1999). Prefacio a la transgresión. En M. Foucault, *Entre filosofía y literatura* (pp. 123-142). Editorial Paidós.

- FOUCAULT, M. (2002a). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (2002b). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- FRIES, L. (22 de marzo de 2020). El feminismo es el origen del estallido social. *La Tercera*. <https://www.paula.cl/genero/feminismo-origen-del-estallido-social/>
- GARNHAM, L. (2016). *Reproducción y resistencia en el sistema escolar chileno. Representaciones sociales sobre la educación en estudiantes de enseñanza media municipal en Quilicura* [Tesis de pregrado]. Universidad de Chile.
- GIROUX, H. (1986). Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico. *Revista Colombiana de Educación*, (17). <https://doi.org/10.17227/01203916.5140>
- GUZMÁN C., CHAPARRO, H. Y GONZÁLEZ, E. (2017). Espacio público y prácticas corporales: un estudio de caso. *Bitácora Urbano Territorial*, 27(1), 71-78. <https://dx.doi.org/10.15446/bitacora.v27n1.47083>
- HERNÁNDEZ, N. (2019). Lo político en disputa. Una mirada desde las juventudes. En K. Duarte, N. Hernández & Y. Palenzuela, *Juventudes en Chile: Miradas de jóvenes que investigan II* (pp. 93-116). Social-Ediciones.
- HONNETH, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Editorial Crítica.
- HONNETH, A. (2011). *Reconocimiento y menos precio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social*. Editorial Katz.
- JELIN, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de cultura económica.
- LECHNER, N. (1998). Nuestros miedos. *Perfiles Latinoamericanos*, VOLUMEN 7 (13), 179-198.
- LECHNER, N. (2007). Desafíos de un desarrollo humano: individualización y capital social. En B. Kliksberg y L. Tomassini (Comp.), *Capital social y cultura: Claves estratégicas para el desarrollo* (pp. 101-127). BID/FCE de Argentina.
- MEILLASSOUX, C. (1982). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI.
- MIRANDA, O. (27 de octubre de 2019). Chile: Los escolares que prendieron la chispa. *La República*. <https://larepublica.pe/domingo/2019/10/27/protestas-en-chile-los-escolares-que-prendieron-la-chispa/>
- MOLINA, J. C. Y CIFUENTES, M. (2000). *La garra blanca. Entre la supervivencia y la transgresión, la otra cara de la participación juvenil*. Universidad Arcis.
- NEUT, P. (2019). Aprendiendo a desobedecer. Las relaciones de autoridad en la escuela y los modos de impugnación del ejercicio del poder en la sociedad chilena actual. En K. Araujo (Ed.), *Hilos Tensados. Para leer el octubre chileno* (pp. 173-200). Editorial Usach.

- NÚÑEZ, P. Y LITICHEVER, L. (2016). Ser joven en la escuela: temporalidades y sentidos de la experiencia escolar en la Argentina. *Psicoperspectivas Individuo y Sociedad*, 15(2), 90-101.
- PAULÍN, H., GARCÍA, G., D'ALOSIO, F. Y CARRERAS, R. (2018). *Contar quienes somos: narrativas juveniles por el reconocimiento*. Editorial Teseo.
- PÉREZ, M. (2018). Espacio público, subjetividades y política. *II Semana Doctoral Latinoamericana*. Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- PNUD. (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- RAMOS, M. Y GUZMÁN, J. (2000). *La guerra y la paz ciudadana*. LOM Ediciones.
- REGUILLO, R. (2003). Ciudadanías juveniles en América Latina. *Revista Última Década*, 11(19), 11-30.
- SABSAY, L. (2011). *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Editorial Paidós.
- SERVEL. (16 de marzo de 2020). *Servicio Electoral de Chile*. <https://www.servel.cl/estadisticas-de-participacion-a-nivel-nacional-municipales-2016/>
- TENTI FANFANI, E. (2000). Culturas juveniles y cultura escolar. *Revista Colombiana de Educación*, (40-41). <https://doi.org/10.17227/01203916.7772>
- UNÁS, V. Y CORTEZ, D. (2019). El cuerpo de los y las jóvenes en su cotidianidad urbana. *Trans-Pasando Fronteras*, (14). <https://doi.org/10.18046/retf.i14.3689>
- URRESTI, M. (1999). Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela. En E. Tenti (Comp.), *Una escuela para los adolescentes* (pp. 9-72). UNESCO Ediciones.
- VILLARROEL, D. (2019). Pedagogía del movimiento. Acciones colectivas de jóvenes organizados en barrios populares de la zona suroriente de Santiago. En K. Duarte, N. Hernández & Y. Valenzuela (Eds.), *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan* (Vol. 2, p. 75-92). Social-Ediciones.
- WESTENDARP, P. (2016). Juventudes en movimiento: Construcción de vínculos comunitarios en tomas de liceos, en la movilización estudiantil chilena del 2011. En K. Duarte y C. Álvarez (Eds.), *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan* (p. 233-250). Social-Ediciones.
- ZERÁN, F. (2018). *Mayo Feminista. La rebelión contra el patriarcado*. LOM Ediciones.